

Saboreando unos textos que dan vida

Ex 19. 2-6a

Sal 99

Mt 9. 36-10.8



Un envío que se hace misión

Es hermoso saborear cómo el buen Dios siembra su Palabra en el corazón de quien la escucha con fe. En cada celebración litúrgica acontece este misterio: Dios habla, y la Iglesia, mediante la homilía, cuida esa semilla para que crezca y dé fruto. En este domingo undécimo del tiempo ordinario se nos dice que Jesús llamó a los Doce. A menudo pensamos que la vocación consiste en hacer muchas cosas para Él: tareas, responsabilidades, compromisos. Pero el Evangelio nos sorprende con algo más profundo: **Jesús llama, ante todo, para que estuvieran con Él.**

No reunió a los apóstoles porque necesitara trabajadores. El Señor no necesita mano de obra. Quiere amigos, hermanos, compañeros de camino. Llama para compartir su vida, sus alegrías, sus silencios, sus lágrimas y hasta su relación con el Padre. La primera vocación no es hacer algo para Cristo, sino **dejarse amar por Él.**

La gran tentación de la vida cristiana es creer que nuestro valor depende de lo que hacemos. Entonces vivimos cansados, intentando demostrar que somos útiles o necesarios. Que valemos. Pero Jesús no dijo: “*Venid para trabajar*”, sino: “*Venid para estar conmigo*”. Antes de ser enviados, fueron acogidos. Antes de predicar, fueron escuchados.

Antes de servir, fueron amados. Y esto sigue siendo verdad para nosotros.

La Iglesia no nace de estrategias ni de proyectos humanos, sino de hombres y mujeres que descubren que son profundamente amados por Dios. Los apóstoles no eran perfectos: había impulsivos, temerosos, ambiciosos, pecadores. Sin embargo, Jesús los eligió así, porque su elección se apoya en la misericordia, no en los méritos. Esta es una de las noticias más liberadoras del Evangelio: **no tenemos que ganarnos el amor de Dios; ya somos amados, ya hemos sido elegidos, ya hemos sido llamados por nuestro nombre.**

Somos suyos



Desde esa certeza nace el verdadero servicio. Cuando alguien no se sabe querido, sirve para demostrar que vale. Cuando se sabe apreciado – palabra que procede del latín *appretiāre* o *appretiāri*, que significa, en contexto cristiano **estimado en su verdad más profunda**– sirve, entonces por gratitud

Los Doce fueron llamados para una misión concreta: formar un pueblo santo y, para ello, el Señor le da autoridad. Pero la santidad no es la perfección de quien nunca cae, sino la transparencia de quien ya no necesita esconderse, porque sabe que pertenece a Dios -como así lo afirma el salmo responsorial- y puede presentarse ante Él con sus

heridas y pobreza, sin necesidad de maquillarlas.

La Iglesia está llamada a ser una comunidad donde nadie tenga que demostrar nada, sino donde cada persona pueda descubrir su identidad más profunda: **hijo amado del Padre.** Desde ahí comprendemos también el sacerdocio del pueblo de Dios. Toda la Comunidad es un pueblo sacerdotal, porque toda vida puede convertirse en ofrenda: la madre que cuida, el anciano que acepta su fragilidad, el trabajador honesto, el joven que busca la voluntad de Dios. Cada acto de amor, cada sufrimiento aceptado con fe, cada gesto de reconciliación puede ser un sacrificio de alabanza ofrecido al Todopoderoso.

La misión compartida



Quizá hoy Jesús nos invite a recordar esto: **antes de ser apóstoles, somos amigos; antes de ser servidores, somos hijos; antes de ser enviados, somos acogidos.** La pregunta decisiva no es “*¿qué hago por Dios?*”, sino “*¿creo de verdad que Dios me ama?*”. Cuando esta verdad pasa de la cabeza al corazón, todo cambia: el servicio se vuelve alegría, la misión gratitud, y la Iglesia una familia.

Jesús sigue llamándonos como a los Doce: no para que mostremos algo, sino para que permanezcamos con Él y aprendamos a mostrar al mundo el rostro misericordioso de Dios que se revela en su Hijo, y que es la fuente de santidad para todo su pueblo.



Deus, in te sperantium fortitudo, invocationibus nostris adesto propitius, et, quia sine te nihil potest mortalis infirmitas, gratiae tuae praesta semper auxilium, ut, in exsequen-

dis mandatis tuis, et voluntate tibi et actione placeamus.

Traducción oficiosa

Oh Dios, fortaleza de los que en ti esperan, atiende benigne nuestras súplicas; y ya que sin ti nada puede nuestra fragilidad mortal, concédenos siempre la ayuda de tu gracia, para que, al cumplir tus mandamientos, te agrademos con nuestros deseos y con nuestras obras.

Saboreo

Esta oración colecta, tomada de la antigua tradición litúrgica romana, expresa el equilibrio entre **gracia y libertad**. La liturgia nos enseña que la vida cristiana no es esfuerzo solitario ni pasividad espiritual: es cooperación con la gracia. El creyente actúa, pero su acción está sostenida por la presencia de Dios. En el rito, esta oración se pronuncia antes de las lecturas, como disposición del corazón: pedir fuerza para escuchar y cumplir. El **centro teológico y espiritual** de esta oración es la **petición de la gracia divina como fuerza interior que permite cumplir la voluntad de Dios**. Toda la estructura converge en esa súplica: **“Gratiae tuae praesta semper auxilium, ut... placeamus.”** *“Concédenos siempre el auxilio de tu gracia, para que te agrademos con la voluntad y con la acción.”* La oración comienza reconociendo que Dios es la **fortaleza de los que esperan**. No la fuerza de los que dominan, sino la de los que confían. Esperar en Dios no es quedarse quieto, sino perma-

necer abiertos a su acción. En un mundo que exalta la autosuficiencia, esta colecta nos recuerda que la verdadera fortaleza nace de la esperanza, no del control.

“Sin ti, la debilidad mortal nada puede.” Estas palabras son humildes y luminosas. Nos liberan de la ilusión de poder hacerlo todo solos. La vulnerabilidad es el lugar donde Dios puede entrar. La oración nos invita a reconocer nuestra fragilidad como espacio de gracia: cuando aceptamos nuestra debilidad, Dios puede ser nuestra fuerza.

El texto une dos movimientos: **invocar** y **actuar**. Invocar es abrir el corazón; actuar es dejar que esa apertura se traduzca en obras. *“Para que te agrademos con la voluntad y con la acción.”* La fe no se mide solo por lo que sentimos, sino por lo que hacemos desde el amor. La voluntad sin acción se queda en deseo; la acción sin voluntad se vuelve rutina. La gracia une ambas.

Esta oración podría ser el lema de toda vida cristiana: **esperar, invocar, cooperar**. Esperar con confianza, invocar con humildad, cooperar con alegría. Así, la liturgia nos enseña a vivir en una dinámica de gracia: Dios actúa en nosotros, y nosotros actuamos en Él. La fortaleza no consiste en no caer, sino en levantarse sostenidos por su amor. Y cuando nuestra voluntad y nuestra acción se armonizan con su mandamiento, entonces —como dice la oración— **le agradamos**, no por perfección, sino por comunión. San Agustín es la referencia central para entender cómo la gracia de Dios y la libertad humana se relacionan: la gracia sana, despierta y lleva a su plenitud la libertad humana.



EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL DE OVIEDO



*XI domingo del tiempo
per annum “A”*

Id y proclamad

